

«The Straw»,  
intervención del  
colectivo de *street art*  
Mentalgassi en las  
calles de Berlín.  
MENTALGASSI



## ARTE Y CULTURA URBANA EN BERLÍN

# BERLÍN «BLEIBT» BERLÍN

Berlín mola, qué duda cabe. Ha sido capital europea del techno, el *graffiti*, el arte electrónico o el movimiento okupa, y hoy, veintiún años después de la caída del muro, parece haberse alzado en el trono de las ciudades más creativas del continente, por delante de las agotadas Londres o París. Estas son algunas claves de lectura de la realidad cultural berlinesa.

Maria PTQK

«Pobre y sexy», así define el alcalde de Berlín, Klaus Wowereit, a la ciudad que gobierna desde hace casi una década. Y es que, aunque parezca una contradicción, uno de los elementos que explican su dinamismo es precisamente que en Berlín no hay dinero. No es Frankfurt ni Munich, no tiene distrito financiero ni grandes empresas químicas o de automoción. Hoy es una ciudad de moda, pero no hay que olvidar que hasta 1989 fue la capital de la otra Alemania, la extinta RDA, cuyo costoso proceso de reunifica-

ción aún pesa mucho sobre la economía de todo el país. Desde la caída del muro y el consiguiente traslado de la capitalidad desde Bonn a Berlín, han sido necesarias grandes inversiones en prestaciones sociales –de las que aún depende buena parte de la población alemana– e infraestructuras de primera necesidad, como la unificación del sistema de electricidad, agua, transporte y telecomunicaciones.

Las consecuencias más visibles de la historia de Berlín se han hecho patentes, por un lado, en su composición demográfica –se estima que la ciudad tiene capacidad para albergar al doble de habitantes de los que residen actualmente en ella–, y por otro, en su particular organización urbanística, incomparable a la de ninguna otra ciudad. A los restos

de la Segunda Guerra Mundial, muchos de las cuales todavía existen, se suma la degradación provocada por las tres décadas de división, visible sobre todo en los barrios colindantes con el trazado del muro, que son precisamente los del centro. Estos terrenos, de dimensiones mastodónticas –Berlín posee una extensión de casi 900 km<sup>2</sup>, frente a los 40 km<sup>2</sup> de una ciudad como Bilbo, por ejemplo–, requieren de inversiones que difícilmente pueden provenir de una municipalidad al borde de la bancarrota. Todo ello ha favorecido un desarrollo cultural singular que no ha estado presidiado por edificios faraónicos o arquitectos de renombre internacional, sino por el recurso a la iniciativa ciudadana, apoyada por una política municipal muy tolerante con el uso del espacio público, al menos hasta hace algunos años.

Así se explica el florecimiento del movimiento okupa, la escena de galerías alternativas y el sinfín de locales de experimentación que constituyen sus señas de identidad más reconocibles. Casas okupas de verdad, actualmente quedan pocas –la mayoría han llegado a acuerdos de uso temporal con el ayuntamiento y otras, como la legendaria Tacheless, se enfrentan a violentos procesos de desalojo–, pero el uso de espacios desocupados no ha desaparecido. Ahí están el HBC, antigua sede del Instituto Cultural Húngaro, que ahora es un espacio cultural auto-gestionado en plena Alexander Platz; o el Staatbad Wedding, unas viejas piscinas municipales reconvertidas en sede de festivales y conciertos. Tampoco se ha desvanecido el espíritu del «hazlo tú mismo», patente en los numerosos cafés y clubs de música electrónica desperdigados por las orillas del Spree, en las *raves* improvisadas que se organizan en los parques durante los meses de calor o en los populares *project raum* (literalmente: espacios para proyectos) que surgen en cualquier lado y no siempre a pie de calle: la ubicación elegida puede ser un parking abandonado, el patio trasero de una casa de viviendas o un domicilio particular convertido en galería efímera. Seguirles la pista es complicado; los lugares de moda cambian cada temporada y resulta casi imposible hacer una cartografía aproximada que no se quede obsoleta en unos meses.

Como en todas partes, la especulación inmobiliaria está al acecho, y la personalidad de la ciudad está cambiando a toda prisa, es cierto. Pero el exceso de espacio físico amortigua las consecuencias. A medida que los barrios céntricos como Mitte, Prenzlauer Berg o Friedrichshain se gentrifican, cambiando los bares alternativos por restaurantes temáticos para turistas, otros toman el relevo: es el caso del siempre resistente Kreuzberg, que a pesar del avance del *fashion* generalista mantiene un saludable equilibrio entre barrio popular y foco de actividad creativa; o de su hermano pequeño, el emergente Neukölln, epicentro del nuevo *underground* berlinés. Allí se ha inaugurado recientemente un parque municipal ubicado en el terreno del antiguo aeropuerto de Tempelhof (construido durante el Tercer Reich y símbolo de la resistencia aliada durante el bloqueo soviético), que hoy es un verdadero crisol de la vida cultural berlinesa: mientras en la terminal se celebran festivales multitudinarios y en las pistas de aterrizaje pasean las familias en bicicleta, en las calles de alrededor emergen nuevos espacios para casi cualquier forma de expresión. Como en el resto de la ciudad, los rastros de la historia europea reciente conviven con la creación artística independiente, la cultura de tendencias y el uso desinhibido del espacio público en un equilibrio precario que, milagrosamente, parece sobrevivir. Y es que, como reza un dicho local, a pesar de todo, «Berlin bleibt (sigue siendo) Berlin».

### LOS RASTROS DE LA HISTORIA EUROPEA RECIENTE

#### CONVIVEN CON LA CREACIÓN ARTÍSTICA

#### INDEPENDIENTE, LA CULTURA DE TENDENCIAS Y EL

#### USO DESINHIBIDO DEL ESPACIO PÚBLICO